

lucion haciendo méritos á los ojos de los hombres de orden, temerosos de la anarquía y escandalizados de ciertas intemperancias radicales.

A las ocho de la mañana del 26 de Noviembre zarpó la escuadra del puerto de Cartagena, y á las ocho de la noche del 29 llegó á Génova, en cuyas aguas quedó detenida por unos dias guardando cuarentena, á causa de la fiebre amarilla, que se presentó aquel Otoño en Barcelona, y aun no habia desaparecido de algunas poblaciones de nuestro litoral mediterráneo.

El mismo dia que partió de Madrid la Comision, el periódico *El País* habia cometido la indiscrecion de publicar una copia, más ó menos exacta, del discurso que el presidente de las Córtes debia pronunciar en el acto de notificar al Duque de Aosta su elevacion al trono de España. En consecuencia se decidió hacer otro; y estando ya en el puerto de Génova, como el señor Zorrilla, marcadamente, sobre todo durante este viaje, se inclinaba á la Union liberal, fué comisionado el señor Navarro y Rodrigo para redactar dicho discurso ¹.

Puestas en comunicacion las tres fragatas, y reunidos todos los diputados á bordo de la *Villa de Madrid*, el dia 2 de Diciembre, súpose que el señor Romero y Robledo, por encargo de los que con él habian hecho el viaje en la *Numancia*, tenia redactado otro discurso: leyéronse los dos, y pareció mejor este último, siendo aprobado por unanimidad. Algo hubo de transparentarse el disgusto que en algunos ocasionaba la intimidad del señor Zorrilla con personas de determinada procedencia (dice el señor Balaguer, cuyas curiosas Memorias vamos siguiendo en la relacion de este viaje); pero la sensatez y tacto del señor Madoz hizo que este disgusto no subiese á la superficie.

A las doce de la noche de aquel mismo dia desembarcó la Comision española, y sin detenerse en Génova, partió inmediatamente para Florencia. Durante tres dias no habia cesado de nevar; aquella noche helaba, y hacia un frio intenso, desconocido en Italia; frio que acabó de quebrantar la salud ya muy delicada de don Pascual Madoz.

Seria la una de la tarde del 3 de Diciembre cuando llegó el tren real á Florencia: en la estacion esperaban á los diputados españoles el síndico de la ciudad, las

do en cuenta los que hayan de ser sus consejeros, que, segun la Constitucion, *de lo malo que haga el Rey, los ministros tienen la culpa, y lo bueno lo hace el Rey*, este ha de ser el iris de paz y de ventura en este país tan dividido y desgraciado, no por su cielo, siempre puro; no por el carácter de sus hijos, siempre generoso; no por su suelo, siempre feraz, sino por pequeñeces y miserias de los partidos, pequeñeces y miserias de los que vienen jugando en la política.»

¹ BALAGUER. Obra citada.

autoridades, varias comisiones y el ministro plenipotenciario de España en Italia don Francisco de Paula Montemar. Veinticinco carrozas abiertas, pertenecientes á la Casa real, estaban dispuestas para conducirlos al *Albergo della citta*, donde se les habia preparado el alojamiento.

El rey Victor Manuel señaló las once de la mañana del dia siguiente, Domingo 4, para recibir en audiencia solemne á la Comision de las Córtes españolas; la cual, á dicha hora, y mientras nevaba en abundancia, se trasladó al palacio Pitti, siendo recibida en el salon del trono. Allí estaban, con el Rey de Italia y el Duque de Aosta, el príncipe Humberto, heredero de la corona, el príncipe de Carignano, el Consejo de ministros, los altos dignatarios de la corte, los representantes de las Cámaras italianas, el Municipio de Florencia, los generales del ejército y de la armada, y los embajadores de las potencias extranjeras.

Segun estaba acordado en el ceremonial, leyéronse los discursos en que el presidente de las Córtes pedia la vénia al Rey de Italia, y este la concedia, para ofrecer á su hijo la corona de España, y en seguida el que expresaba este ofrecimiento, y el de su aceptacion por el Duque de Aosta, el cual terminaba con las siguientes palabras:

“No sé si alcanzaré la fortuna de verter mi sangre por mi nueva patria, y si me será dado añadir alguna página á las innumerables que celebran las glorias de España; pero en todo caso, estoy bien seguro, porque esto depende de mí y no de la fortuna, que los españoles podrán siempre decir del rey que han elegido: “Su lealtad se ha levantado por encima de las luchas de los partidos, y no tiene en el alma más deseo que la concordia y la prosperidad de la nacion.”

Al terminar su discurso el jóven Príncipe, el señor Ruiz Zorrilla dijo:—“¡Diputados españoles, viva el Rey!”—Este viva fué contestado con calor.

Firmada el acta de la ceremonia por todos los concurrentes, el rey Victor Manuel salió al gran balcon del palacio en compañía de los dos príncipes, sus hijos, y del señor Ruiz Zorrilla, y fueron aclamados con gran entusiasmo por la multitud que llenaba la plaza á pesar de la nieve que continuaba cayendo en abundancia.

Poco después de haber regresado los diputados á su alojamiento, se presentó en él, sin prévio aviso y conducido en un modesto coche de dos caballos, el nuevo Monarca español, acompañado de su ayudante de campo el Marqués de Dragonetti, y de dos oficiales de ordenanza: conversó afablemente durante media hora con el presidente y varios individuos de la Comision; les dijo que estaba dispuesto á venir á

España cuando se le indicara, y les manifestó su deseo de desembarcar en Barcelona, precisamente porque se decia que aun duraba en esta ciudad la fiebre amarilla. El señor Ruiz Zorrilla le presentó, en nombre del general PRIM y como regalo de este, una magnífica faja de general: era la misma con que el Instituto industrial de Cataluña obsequió á PRIM al volver de la campaña de Africa.

Los diputados españoles quedaron prendados de su nuevo Rey. ¹ Aquella noche se dió en obsequio de ellos un banquete regio en palacio, con ceremonioso aparato; y conferenciando el señor Zorrilla con Victor Manuel, quedó acordado que el Duque de Aosta podria marchar á España sobre el 18 de Diciembre, á cuyo fin quedaria una comision de siete ú ocho diputados para acompañarle, en tanto que el Presidente partiria en seguida con los demás para hacer que las Córtes discutieran y votasen sin pérdida de tiempo las leyes necesarias antes de la llegada del monarca.

Con este objeto se apresuraron los festejos que se estaban celebrando en Florencia, de modo que el Duque de Aosta pudo marchar, en la noche del 6 al 7, á Turin, donde se hallaba su esposa, la princesa de la Cisterna, convaleciente de su segundo alumbramiento; y se decidió que el Sr. Zorrilla partiria el 8, sin aguardar á un banquete dispuesto por el Senado italiano.

Entre tanto, muchos ó la mayor parte de los diputados españoles se mostraban descontentos ó resentidos, á causa de ciertas idas y venidas, de ciertas conferencias del Sr. Zorrilla con el ministro plenipotenciario Montemar: parece que todo ello era cuestion de influencias, de cruces y distinciones, aunque algo más grave que estas pequeñeces debia de haber en el fondo de aquel disgusto; pues al tratarse de las personas que habian de quedar al lado del nuevo Rey para acompañarle en su viaje á España, casi todos declinaron este honor y manifestaron vivos deseos de marcharse con el presidente. Interrogados uno á uno para saber los que estaban dispuestos á esperar la partida del Rey, solamente se brindaron á ello los señores Duque de Te-

¹ «Aquella tarde (dice el Sr. Balaguer en sus citadas *Memorias*) el Duque de Aosta se habia conquistado las simpatías de cuantos españoles estábamos allí. El Sr. Ruiz Zorrilla, dominando á todos en entusiasmo, decia, con asentimiento de todos:

—«Soy realista de este rey. Al regresar á España, nuestro afan y nuestro anhelo ha de ser facilitarle los medios para que pueda gobernar sin contrariedades. Declaro desde aquí que será un mal patriota y un hombre indigno aquel que trate de crearle dificultades y ponerle obstáculos. Seria una gran iniquidad la que cometeriamos, si á un jóven como este, de tan altas prendas, en vez de hacerle fácil el camino para asegurar la ventura de la patria, se lo hiciésemos difícil, escabroso y quizá imposible por nuestras miserias, nuestras rencillas ó nuestras ambiciones. Declaro traidor á la patria al que tal haga. Cuanto de hoy en adelante se haga en España, si es noble y elevado, ha de hacerlo el Rey. Seamos responsables nosotros de lo malo, pero para lo bueno que no haya más autor que él. Perderíamos nuestra dignidad y nuestro decoro, si por culpa nuestra perdiásemos al Rey.»

tuan, Marqués de Sardeal, brigadier Rosell, D. Juan Valera, D. Francisco Barrenechea, D. Mariano Rius y D. Víctor Balaguer, á quienes se agregó D. Augusto de Ulloa, no por su voluntad, sino vencido por la insistencia de los ruegos, á fin de que alguno de los más caracterizados presidiese la Comision. Tambien se rogó mucho al Sr. Madoz; pero este se hallaba impaciente por volver á España, y no fué posible reducirle á que se quedase en Florencia.

El Municipio de esta ciudad obsequió, el dia 7 por la noche, con un banquete á la Diputacion española en el palacio Corsini. Allí se dejó ver una de las causas poderosas que producian el descontento de los diputados: la corte florentina vacilaba, y los más allegados á Víctor Manuel, tomando pretexto del estado en que se hallaba la Princesa de la Cisterna, decian que acaso seria lo mejor y más conveniente aguardar algun tiempo y retardar el viaje de Amadeo hasta entrado el año próximo. Esta vacilacion era efecto natural de la desconfianza que inspiraba el estado de nuestro país, de donde continuamente se enviaban á Florencia periódicos escritos con saña, caricaturas significativas, libelos injuriosos¹. El mismo dia que se dió el banquete de la Municipalidad, varios hombres de Estado italianos, algunos ministros, y acaso tambien la familia real, habian recibido un anónimo, especie de circular (dice el Sr. Balaguer), escrita con profunda y perversa intencion. Ya en este anónimo no habia las vulgaridades que en otros, ni se hacian groseras amenazas. Los autores se fingian amantes de la casa de Saboya, á la que se daba el consejo de no aceptar la corona de España, ó por lo menos de retardar dos ó tres meses el viaje del Rey electo: atribuíase cierta actitud á los generales Duque de la Torre y Topete, y se decia que amenazaba romperse la conciliacion de los tres partidos que habian hecho la revolucion, y que roto el pacto, la obra caia por su base, indicándose el peligro que podria sobrevenir en este caso.

Hablóse de esto en la mesa, y al llegar á los brándis, el Sr. Zorrilla pronunció un discurso, en el que, tratando de desvanecer los celos de los italianos, anatematizó la conducta del partido republicano español, del cual dijo que queria hacer trizas la unidad de la patria española, y sostuvo que el partido liberal-monárquico español era uno solo, y estaba dispuesto á sacrificarse por el progreso, por la libertad y por el rey que habian elegido las Córtes.

“Todos vosotros oireis hoy y habreis oido durante mucho tiempo (dijo el Sr. Ruiz Zorrilla), que la dinastía de Saboya no puede consolidarse en España, que es impo-

¹ Véase, como muestra, el Documento n.º 8.

sible que el hijo de vuestro Rey consiga echar raíces en el pueblo español, que allí todos le son enemigos, que allí no se admiten reyes extranjeros, que el partido republicano es numeroso, que el absolutista es irresistible, que la restauracion tiene grandes fuerzas, que es imposible que podamos luchar contra otro candidato que ha figurado durante el período revolucionario. No, no creais nada de esto.... Allí no tiene otros enemigos la monarquía del Duque de Aosta, que los que tiene aquí vuestro Rey: el socialismo y el absolutismo.„ Y concluyó diciendo, que el tiempo haria ver quién tenia razon, si los que inventaban mentiras y forjaban calumnias, ó los que habian ido allí, teniendo detrás á todo un pueblo, á ofrecer la corona de España á un miembro de la dinastía de Saboya, por quien estaban decididos resueltamente á morir, ó de lo contrario no serian dignos de llamarse españoles, ni siquiera hombres.

Con estas y otras seguridades, que no habia de confirmar el tiempo, se despidió el Sr. Zorrilla de los italianos y del rey Víctor Manuel, y el 8 de Diciembre, á mediodia, partió para Turin, acompañándole la mayor parte de los diputados, incluso el Sr. Madoz, á quien no fué posible convencer de que peligraba su vida en aquel viaje. Creia necesaria su presencia en Madrid, para coadyuvar á la votacion inmediata de las leyes que hacian falta para la pronta venida del Rey.—“En estos momentos supremos, decia Madoz, mi puesto está en Madrid, al lado de PRIM, para darle fuerza y ayudarle; tanto más cuanto que desconfio de los republicanos, y habrá que darles acaso la batalla, para escarmentarlos antes que llegue el Rey. Todos tenemos nuestro deber que cumplir... El mio está en irme á Madrid, muerto ó vivo...„

Madoz marchó con sus demás compañeros á Turin, y de allí á Génova, donde se debia fletar un vapor que los condujese á Niza, para continuar el viaje por tierra. En Génova hubo de quedarse Madoz, acometido de un fuerte ataque de asma, del que falleció á las siete de la noche del 11 de Diciembre, no habiendo bastado á salvarle los esfuerzos de la ciencia, ni la esmerada solicitud con que acudieron á asistirle los primeros facultativos de la escuadra española y uno de los más acreditados médicos de la ciudad.

XIV.

Entre tanto, en Madrid no marchaban las cosas muy á gusto del general PRIM y del Gobierno. El 1.º de Diciembre dejó la cartera de Hacienda el Sr. Figuerola, cansado de llevar sobre sus hombros tan pesada carga: sustituyóle D. Segismundo Moret, á quien se atribuían grandes proyectos para sacar de sus ahogos al Tesoro. La situación económica podía condensarse en los siguientes guarismos: Déficit de los dos últimos años, unos 1,300 millones de rs. Obligaciones en descubierto, de urgente pago casi en totalidad, 800 millones. Intereses y amortizaciones de la Deuda que vencían en fin de aquel mes, 540. Exceso mensual de los gastos ordinarios sobre los ingresos, 100 millones; y por lo tanto, déficit probable del ejercicio corriente, 1,200 millones. La Deuda emitida era de 26,785 millones; pero teniendo en cuenta la que sería necesario consolidar, calculábase ya que ascendería en breve término á 35,000 millones: los intereses anuales de aquella deuda, unidos á los que se devengaban por otros conceptos, excedían de 1,200 millones; carga abrumadora para un país, cuyo presupuesto de ingresos se hallaba limitado á 1,800 millones.

La situación política no se presentaba más clara y despejada que la económica. Prueba de ello, que el 14 de Diciembre dirigió el Gobierno á la Comisión que había quedado en Italia un telegrama reservado y en cifra, diciéndole que retrasase hasta nuevo aviso la partida del Rey, sin expresar los motivos de esta resolución, que puso en grave apuro á los comisionados; pues el rey Amadeo estaba ya impaciente por emprender su viaje.

Temíase algún golpe *ab irato* de los republicanos; y se trataba de oponerles un contrapeso, ganando la voluntad de las clases conservadoras y el apoyo de todos los partidos liberales; pero no andaban estos entre sí muy acordes, y hasta se descubría cierta rivalidad entre D. Manuel Ruiz Zorrilla y el general PRIM. En Barcelona fueron convocadas por el Gobernador civil las personas más distinguidas é influyentes, para saber si estaban dispuestas á hacer que el Rey fuese bien acogido en dicha ciudad. Los convocados contestaron que ellos no tenían allí la representación de Barcelona; que, como particulares, harían lo que estaba en su carácter y en sus

principios, que era acatar siempre á las autoridades y mostrarse respetuosos con ellas; pero que, respecto al nuevo monarca, no podían manifestar un entusiasmo que no sentían, ni mucho menos inspirarlo á la muchedumbre. Alguno añadió, que aun cuando no era de temer ningun desacato de la cultura del pueblo barcelonés, él, celoso del buen nombre de este pueblo, haría votos porque el Rey pudiera, sin tocar en tierra, trasladarse desde cualquier puerto á Madrid *en globo aereostático*.

Desistióse, por consiguiente, de la idea de hacer que el Rey viniese á desembarcar en Barcelona.

Las Córtes, entre tanto, se habian abierto el 15 de Diciembre, y en su primera sesion se suscitó un animado debate sobre el acta de la anterior en que fué elegido el Monarca. La mayoría se reunió el dia 17 para deliberar acerca de los medios de poner breve término al período constituyente, y se acordó presentar á la Cámara la siguiente proposicion:

“Las Córtes discutirán y aprobarán hasta el dia 30 del presente mes los proyectos sobre ceremoniales, incompatibilidades, dotacion del Monarca y negociacion de billetes del Tesoro, dedicando á ellos dos sesiones todos los dias, incluso los festivos. En caso de haber llegado el dia 30 sin estar discutidos y aprobados los anteriores proyectos de ley, el Gobierno los planteará y hará respetar como leyes, entendiéndose que el último actó de las Córtes será la recepcion y juramento del Monarca. Una vez realizado, se declararán disueltas y terminada su mision.”

El mismo dia que se tomó este acuerdo, era en Turin mayor que nunca la incertidumbre. Se recibian anónimos de Madrid llenos de amenazas y de tristes augurios, y algun periódico italiano llegó á decir que el viaje de Amadeo se retardaba de tal modo, que acaso no tendria ya efecto. Nuestros diputados, que se hallaban en aquella ciudad, tuvieron que combatir cierta atmósfera que se habia formado contra el general PRIM, tratando de rebajar á este y de ensalzar la personalidad de Ruiz Zorrilla: poníase en duda que al General se debiese el triunfo de la candidatura del Duque de Aosta, y más aun que bajo sus auspicios pudiese consolidarse la nueva dinastía. Por fin, el 19 de Diciembre cesaron las vacilaciones, recibíendose un parte del Gobierno español, en el que fijaba el dia 1.º de Enero para la llegada del Rey á Madrid.

El general PRIM tomó esta resolucion, mientras el proyecto de autorizaciones presentado á las Córtes daba lugar á debates tumultuosos, y mientras en la tribuna y en la prensa se le dirigian los más terribles ataques personales y las más animosas

provocaciones, que arrostraba con pasmosa serenidad y sangre fría. Las oposiciones se valieron de todos los medios imaginables para evitar la disolución de la Cámara; sostenían los republicanos que las Cortes no podían disolverse sin hacer reformas en las provincias de Ultramar. El Sr. Pí y Margall acusó al general PRIM de inconsecuente, llegando á decir que no tenía pudor político. En la prensa, el Sr. Paul y Angulo, que dirigía el periódico *El Combate*, hacia una oposición frenética, insultante: sus agresiones al Presidente del Consejo tomaron el carácter de reto y desafío, y viéndolas desdeñadas, se atrevió á motejarle de cobarde y á estampar la amenaza de que le mataría en la calle como á un perro.

El general PRIM rechazó en las Cortes la acusación de inconsecuencia, diciendo que su vida entera había sido una cadena no interrumpida de consecuencias políticas; pues liberal monárquico fué siempre, y liberal monárquico era en aquel momento, sin que jamás hubiese transigido ni con los retrógrados, ni con los republicanos: que si había vuelto la espalda á doña Isabel II, como la volvió más de una vez á ciertos partidos, era porque estos y aquella iban á donde él no quería ir por no faltar á la integridad de sus principios; y recordando el acto de cubrirse de Grande de España, dijo que en aquella ocasión juró defender á la Reina *constitucional*; pero que los moderados habían borrado esta palabra de su discurso.

En la sesión del 23 de Diciembre declaró el Sr. Topete, que combatía la proposición de disolución de la Cámara por considerarla inconstitucional; y después de manifestar que hacía votos por la felicidad del país, dijo que sentía que se coronase al Rey cuando se violaba la Constitución, y terminó su discurso protestando de que no se sublevaría más después de haberse sublevado en Cádiz; que no podía mandar más y que al día siguiente pediría su retiro. “No quiero que se diga (añadió con aplauso de gran parte de la Cámara y del país) que lo que hice en Cádiz fué un escabel para mi fortuna: no puedo autorizar con mi presencia una ilegalidad.”

También el señor Ríos Rosas combatió la proposición de disolución, considerándola contraria á la legislación interior de la Cámara, á la Constitución y á la legalidad existente, y atacó al Sr. Mártoz diciendo, que no comprendía cómo podía acostarse republicano y levantarse monárquico.

La proposición fué aprobada el día 24, por 137 votos contra 14, absteniéndose de votar los unionistas y los republicanos.

Segun noticias reservadas, que llegaron hasta Italia, mientras se daba esta batalla parlamentaria, el presidente de las Cortes, señor Ruiz Zorrilla, celebraba con-

ferencias con algunos hombres importantes de la antigua Union liberal: asegurábase que habia propuesto al señor Cánovas del Castillo formar una situacion puramente conservadora, de la cual fuese él uno de los principales elementos, y que habia tratado de recabar, con este mismo objeto, el apoyo del Director de *La Epoca*. Es indudable que, ante la *anarquía mansa* que agitaba al país, segun la expresion del señor Rivero; ante la actitud intransigente de los partidos republicano y carlista, y ante la descomposicion de las huestes monárquicas liberales, era de absoluta necesidad agrupar todas las fuerzas conservadoras en torno de la nueva monarquía, único medio de fortalecerla y consolidarla; pero, al acometer esta empresa difícil, si no de todo punto irrealizable, ¿obraba el señor Zorrilla de acuerdo con el general PRIM, ó prescindia de su concurso? ¿era su colaborador, ó su adversario? No es posible contestar á estas preguntas sin penetrar en el sagrado de las intenciones.

Sabiase ya en Madrid que el rey Amadeo habia partido del puerto de la Spezzia para España, y estaba acordado que el general PRIM, con los demás ministros, iría á recibirle, cuando, el 27 de Diciembre, aprobó la Cámara por 115 votos contra 8 el proyecto de ley que fijaba la asignacion de la Corona. Levantada la sesion á las seis y media de la tarde, muchos diputados, así por lo temprano de la hora, como por lo desapacible del tiempo, pues nevaba en abundancia, se entretuvieron formando corros en los pasillos del Congreso. En uno de estos grupos, bastante numeroso, y compuesto de individuos de todas las fracciones políticas, un diputado hablaba de fusiles, y habiéndolo oido el general PRIM, que en aquel momento pasaba, se acercó diciendo: “Poco á poco, señores, que eso de fusiles me toca á mí.”

Estaba de buen humor, afable, comunicativo; y sin que nadie le instase á ello, se detuvo en el corro, tomando parte en la conversacion, que versó al punto sobre la próxima marcha de los ministros. Entonces el Presidente del Consejo dirigió á un individuo de la minoría republicana estas palabras:

—“Federal, ¿por qué no se viene V. á Cartagena con nosotros, para recibir á nuestro rey?—El federal le contestó en tono de broma, y en el mismo tono continuó hablando el general PRIM, quien al despedirse, dijo á otro diputado republicano:—“Que haya juicio; porque tendré la mano muy dura.”—Este diputado se apartó del corro, y contestó:—“Mi general, á cada uno le llega su San Martin.”

Las últimas palabras del Presidente del Consejo aludian visiblemente á la resolucion tomada por el partido federal de lanzarse á la lucha en cuanto el Monarca electo llegase á pisar el suelo español: contaba aquel partido con la aquiescencia, cuando

no con la cooperacion de las fracciones monárquicas descontentas, para llevar á cabo sus planes; y á este fin se preparaba desembozadamente, aguardándose tan sólo en provincias que el Directorio diese la señal del alzamiento. Pero, si el general PRIM conocia estos planes de los republicanos, y por lo mismo les advertia que tuviesen juicio, sin duda ignoraba que en algun centro misterioso estaba ya decretada su muerte, y tal vez decidido que su cadáver sirviese aquella misma noche de incentivo para promover una insurreccion. Sin embargo, debia presumir que se conspiraba contra su vida; pues, segun públicamente se dijo, habia recibido anónimos dándole avisos que despreció magnánimo, y por lo mismo no queria que le acompañase ninguna escolta, para que esta precaucion no se atribuyese á cobardía.

Ya cerca de las siete de la noche salió el General del palacio de las Córtes por la puerta que da á la calle de Floridablanca, y entró en su carruaje, acompañado de sus ayudantes Moya y Nandin. En aquel momento, un embozado, que estaba en la acera de enfrente, encendió un fósforo: era esto una señal, que fué inmediatamente repetida por otro embozado, que se hallaba en la esquina del mismo palacio que da á la calle del Sordo, y luego por un tercero que vigilaba á la entrada de la del Turco. Siendo esta calle bastante larga y algo tortuosa, es de presumir que aun se reprodujese una ó dos veces más la aparicion sucesiva de las siniestras luces fosfóricas.

La nieve caia en anchos y espesos copos, mientras el carruaje continuaba su marcha por la calle del Turco, al parecer solitaria, sin que ni el general PRIM, ni sus ayudantes, ni los criados notasen nada que les llamara la atencion, hasta que, próximos á desembocar en la calle de Alcalá, se vieron detenidos por dos coches que cerraban el paso: el uno habia sido atravesado deliberadamente para interceptar la vía; el otro llegaba en aquel momento, y se paró porque no podia pasar.

El ayudante Moya, que iba al vidrio, miró á ver en qué consistia la detencion, y á la incierta luz del farol de la calle divisó algunos hombres vestidos con blusas y armados de trabucos: volviósese precipitadamente, y cogió la mano de PRIM, exclamando:—“¡Mi general, nos hacen fuego!”

Tres hombres por cada lado se acercaron lentamente al carruaje, y uno de ellos, bajo de estatura, fornido, moreno, de barba negra y poblada, rompió el cristal con la boca de su trabuco, y apuntando al General, le dijo:—“Prepárate, que vas á morir.”

El General y su ayudante Nandin hicieron un movimiento para aplanarse en el

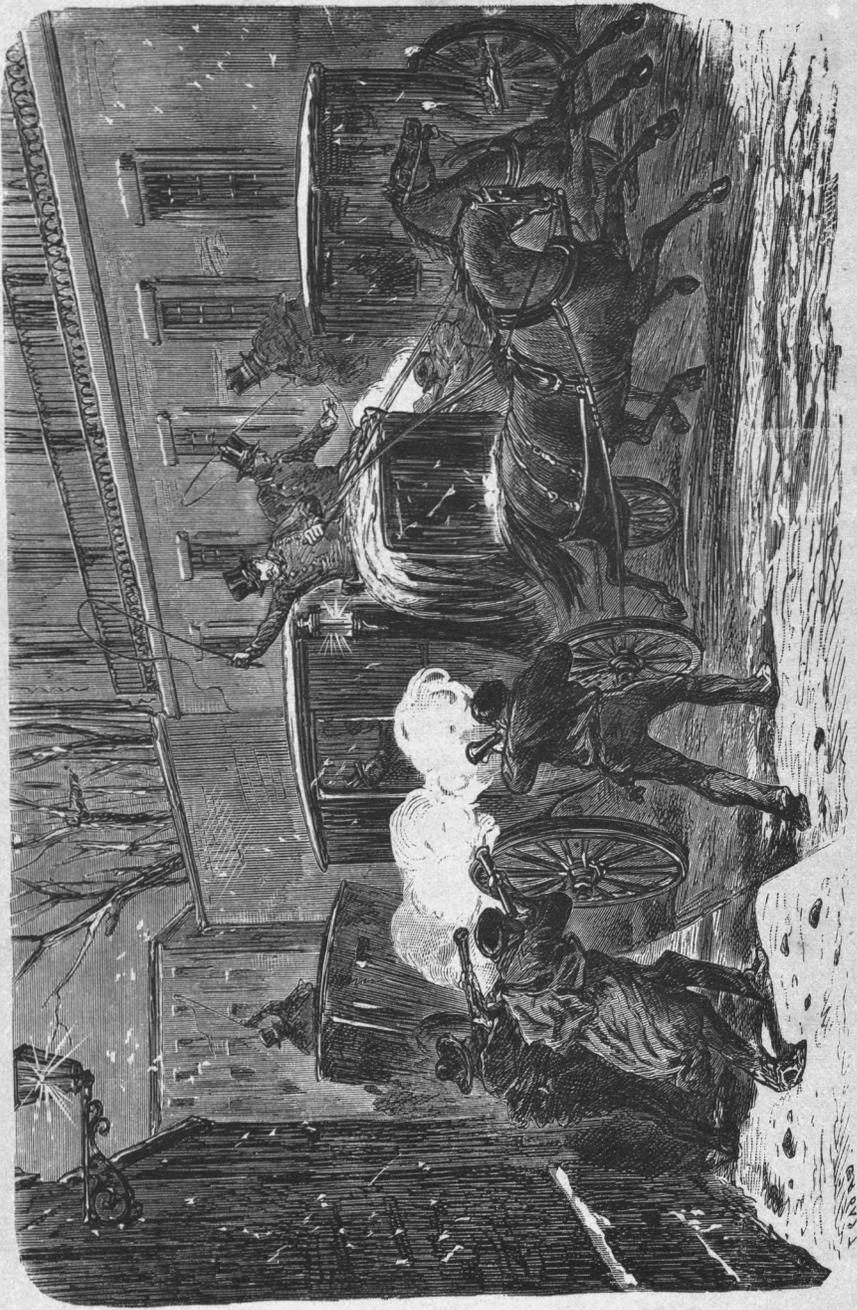
fondo del coche; pero era ya tarde: en aquel mismo instante les fueron disparados tres tiros por un lado, é inmediatamente después penetraron tres más por el otro lado del carruaje. Mientras esto sucedia, el cochero del General bregaba por salvar el obstáculo que obstruia el paso, y sacudia latigazos á derecha é izquierda sobre los dos grupos de asesinos, logrando al fin desviar el coche atravesado y seguir rápidamente su carrera.

Las detonaciones de los trabucos se oyeron á largas distancias, y pusieron en alarma á gran parte de la poblacion, creyéndose que habia estallado un movimiento revolucionario. La señora Marquesa de los Castillejos las oyó en el palacio de Buena-vista, y fué sobrecogida de un cruel presentimiento, como si le hubiesen dicho lo que acababa de pasar. Algunas otras personas sospecharon tambien en el mismo instante la perpretacion del horrendo crimen cometido en la calle del Turco.

El general PRIM no murió en el acto, como lo esperaban sus viles asesinos; pero los proyectiles le habian destrozado un brazo, el hombro y parte del pecho. En aquel estado gravísimo llegó al palacio de Buena-vista, donde tenia su morada; subió por su pié la escalera, apoyándose en la balaustrada, que regó con su sangre, y á las anhelantes preguntas de su familia contestó con aplomo, que iba ligeramente herido. Entró en una de las habitaciones, y se hizo quitar la levita; mas como el camarero titubease por temor de hacerle daño, le gritó con energía estirando el brazo:— «Tira pronto; que me desangro.»

Hecha la primera cura, preguntó al General un amigo suyo cómo se sentia.— «Veo la muerte,» contestó PRIM. Tambien se cuenta que, habiéndole interrogado si podia presumir quiénes eran los asesinos, dijo:— «No lo sé; pero no me matan los republicanos.»

No habria transcurrido un cuarto de hora después del atentado, cuando ya estaban al lado del general PRIM los señores Duque de la Torre y Topete. Por indicacion del herido, el Regente dió al famoso marino el encargo de presidir interinamente el Consejo de ministros, y de ir á Cartagena en busca del Rey. Topete, á pesar de la situacion especial en que se encontraba, y de sus recientes declaraciones de retirarse á la vida privada, tuvo la abnegacion de aceptar ambos cometidos, encargándose al mismo tiempo de los ministerios de la Guerra y de Estado; y al dia siguiente declaró en las Córtes que, cuando vió al general PRIM herido, sintió heridas la revolucion, la libertad y la honra nacional; que por esto, sin abdicar ninguna creencia, ni retractarse de nada de cuanto habia manifestado antes, venia á soste-



Asesinato del general Prim.